

UN PENSAMIENTO.

Tormenta es de la vida
nuestro delirio vano
que el pensamiento arrastra
con fuerte vendaval;
y penetrar intenta
el insondable arcano
con que en la nada existe
de Dios la eternidad.

Y en medio de esa nada
donde sin luz camina
nuestra razon imbécil
de su delirio en pos,
un mas allá concibe
que á descubrir no atina,
y que en su seno oculta
la majestad de Dios.

Alli loca se pierde
la mente fatigada
por recios torbellinos
batida sin cesar;
y alli se postra el hombre,
y en medio aquella nada
ve el ser que sin principio
creó la realidad.

Y nuestra mente osada
que dirigia su vuelo
hácia ese inmenso espacio,
donde nunca alcanzó,
entre las densas capas
del azulado cielo
sus sueños delirantes
desvanecerse vió.

Pues nada son del hombre
los débiles intentos,
y su cabeza es polvo,
fantasma su razon:
en humo se convierten
sus locos pensamientos,
y en crueles desengaños
se trueca su ambicion.

Y estormenta la vida
que en su delirio vano
el pensamiento arrastra
con fuerte vendaval,

y penetrar no puede
el insondable arcano
con que en la nada existe
de Dios la eternidad.

CIMODOCEA.

PENSAMIENTOS

sobre las edades del hombre.



El hombre, como ser
inteligente se dife-
rencia de los demas
animales: cual ellos,
sufre en la parte fi-
sica las mismas vici-
situdes: él nace, goza
de la infancia, sien-
te la juventud, y te-
me la vejez; pero su infancia, su juventud
y su vejez, no son las de los demas seres or-
ganizados que sin fin ni objeto, ni gozan, ni
sufren, ni padecen. En aquel, estas tres eda-
des van adornadas con el fuego sublime y di-
vino del talento; empero no es igual en to-
das. El niño corre y se afana por conseguir
cosas insignificantes, y despues cuando can-
sado reposa y descansa, aunque las posea ya
no las quiere, las desprecia; y la flor que le
costó tantos afanes, la mariposa que cuando
intentaba aprisionarla le parecia mas bonita,
las hace pedazos y las tira: busca otras me-
jores, las logra, y las desprecia; y despues de
tanto trabajo no le queda idea alguna de lo
que ha ejecutado: ha seguido un impulso
desconocido, pero grande, oculto, pero su-
blime: ha seguido el sello que lleva impreso
el hombre desde el momento de su creacion.
Aunque niño y sin poder dar razon alguna
de lo que hace, ya ha encontrado ese vacio
inmenso, insondable, profundo como la eter-
nidad misma: su inteligencia que con nada
se contenta, que nada satisface, bien en el ce-
rebro del niño sin nombre y sin fin, bien en
la ardiente cabeza del jóven, bien en el seco
corazon del viejo. Pero el niño ya salió de su
edad feliz y risueña, de esa edad en que no
enterado todavia de las maldades del mun-
do no quiere desprenderse del de los ánge-
les en que se hallara colocado, de esa edad
en que su corazon está con ellas y sus trému-
los piés apenas tocan la tierra. ¡Desgraciado!